

# **La imposible receta**

**Alejandro Ballesteros Bienzobas**

**L**a avenida 54, aquella mañana, amaneció llena de gente como todos los días. Gente, mucha gente, como en las películas antiguas, gente que va de un lado para otro sin saber muy bien a dónde. Y yo me pregunto ¿dónde irán?, tal vez al trabajo, al cine o a casa a descansar. Andan de uno a uno como en una procesión de ateos, digo yo, sin dios ninguno. ¿Por qué será que los individuos, cuando se juntan se solapan formando un feo bulto?

Siempre hacia adelante, sin saber a dónde, una fila interminable de personas, de a uno, cayendo en la gigantesca máquina de carne. ¿En qué película vi eso?, no lo recuerdo.

“*En la esquina entre la 54 y la sexta*”, eso sí, eso lo recuerdo. “*A las 10*”, me dijo. Y aquí estoy. A punto de llegar, dos piernas más en esta marabunta, sardinas ordenadas saliendo de la lata. Oigo un fuerte ruido, a mi lado un coche lanza un apestoso humo, y me viene la náusea, el asco, los nervios. Las luces, desvaídas de media mañana, y la sombra de piernas que va haciéndose más negra. Me paro de golpe, en seco. Casi me trago la esquina empujado por aquel cuerpo frío de serpiente, sin cabeza, sin curvas. Aislado, protegido por la pared, veo aquel mar, veo cómo avanza, mar sin olas. Y espero. Intento acallar el ansia y las bocanadas de náusea que vuelven, intento apagar el interruptor de mis nervios, sin que se note. El enorme reloj del edificio Chrysler, una caja rectangular de números amarillos sin alma, marca las 10 y ocho. ¡Joder!, pienso, no va a venir, ¡no va a venir! me grito por dentro. Y al grito le siguen mil preguntas en tropel como aquella sombra de piernas, pero dentro de mi cabeza. ¿Lo tendrán ellos?, ¿lo habrán cogido?, ¿estará en algún agujero gritando mi nombre? Aquella masa de cuerpos, ya sin forma, ahoga el resto, se me queda ahí, esperando en el fondo de la garganta. Vuelve la náusea, y con ella el miedo. ¿Me están mirando?, ¿me han visto?, ¿lo saben? No, no es posible, me oigo decir, y mi voz me tranquiliza, ¿quién cojones va a saber nada?, he tenido cuidado.

Y es que, verano o invierno, cada vez era lo mismo. Malditas incertidumbres, ¿Vendrá?, ¿me verán?, ¿será aquel?, ¿el del sombrero? Se me ha quedado mirando un instante, pero pasa de largo. Mejor así, no quiero tratos con los sombreros, ni siquiera sé si aún están permitidos. ¿Prohibir los sombreros?, ¿pero qué digo?, cállate, empiezas a desvariar. O si no, mejor te vas, te alejas de la incertidumbre. Pero no, no creo que pueda hacerse de otro modo, aquello de las paredes y sus oídos, ¿recuerdas? Esconderse, imposible. Bueno, imposible no, pero hay que esconderse así, en sus narices, delante de todo el mundo, hacerse invisible, parte del todo. Pero ya son las diez y veinte y no viene, seguro que lo han cogido y cantará, como un rruiseñor. Y, ¿cómo no cantar, si ellos tocan la melodía?

Apareció de golpe viniendo hacia mí. Desde el otro lado de la avenida. ¿Qué cómo sé que es él?, joder, me miró de frente y se vino disparado. Tenía los ojos pequeños, eso puedo recordarlo, y también recuerdo su espanto, el

---

miedo en su cara. Lo sé porque yo sentía lo mismo. Me golpeó el hombro derecho con fuerza. Introdujo algo en mi chaqueta. Dio un traspie. Y después siguió adelante, hacia las piernas y los sombreros. Dejé de verlo cuando se mimetizó con ellos, como una gota en un mar de aceite. Creí que podría respirar, y lo hice aspirando el fuerte olor a gasolina quemada de la calle, hinchando mis pulmones de un humo que, extrañamente, me devolvió las fuerzas. Cuando noté el calor en mis piernas eché el cuerpo hacia adelante, como él, hacia la sombra gris. Y me fundí con ella. Aquella extraña ósmosis me tranquilizó, y me abrigué a la negra membrana. Mi mente, nublada, solo podía digerir el tacto de aquello que introdujo en mi bolsillo, me quemaba los dedos tocarlo. Aquel hombre cumplió su tarea, ahora aquello era mío. Era redondo, algo más pequeño que mi puño cerrado. esférico. Y frío. Su tacto helado me abrasaba el alma, pero, obsesionado, no podía dejar de acariciarlo.

Atrapado en medio de aquel tropel de piernas que me arrastraban, mi cabeza, empezó a recordar otros tiempos. Pensaba en cómo la ciudad había perdido casi todo aquello que antaño la hizo hermosa. En cómo había dejado de ser aquel bello caos, para terminar convirtiéndose en este lugar de plástico, lleno de aristas, demasiado ordenado, casi esquizofrénico. Recuerdo cómo llegaron aquellas máquinas expendedoras, propiedad del Ministerio de Alimentación. Y cómo inundaron las calles con sus mensajes: *“alimentos asépticos y envasados al vacío”*, *“energía para todo el día”*. Sólo eran raciones individuales de pura mierda, en paquetes de plástico y listas para consumir. *“Introduzca su tarjeta”*, decían para después escupirte aquella infamia. Junto a las máquinas, horribles cabinas, ataúdes verticales de gruesos cristales tintados: *“Introdúzcase y no olvide cerrar la cortina, el espectáculo de la ingesta provoca nausea”*.

Hace rato que me abandonó la marabunta, aunque tardé un poco en darme cuenta. Cuando se aclaró el paisaje, andaba muy cerca de la casa. Mis dedos, dentro de la chaqueta, seguían acariciando aquello. Saqué la mano del bolsillo y presioné mi código de barras contra la placa del telefonillo. Aclaré mi voz, escupí mi nombre y mi número, y me precipité, demasiado cansado, al interior. No iba a entrar en mi dormitorio, antes debía esconderlo. Los baños colectivos del segundo piso siempre estaban vacíos. Hace meses que desaparecieron las bombillas y arrancaron algunos muebles. Nadie viene por aquí, nunca. Abrí la tercera puerta de la izquierda, la única que cerraba por dentro y esperé, ahí, de pie, en silencio, durante un largo rato. Cuando juzgué que estaba seguro me subí a la taza del wáter y alcancé a meter la mano en la cisterna. Mis manos se

---

toparon con el frío familiar de una bolsa de plástico. Un bulto. Lo saqué, depositándolo con sumo cuidado en la tapa del wáter. Y me dispuse a abrirlo. Entonces, en ese momento me inundó una imagen, un recuerdo. Aquella vieja fotografía de colores congelada en el tiempo. No recuerdo dónde la vi, o cuándo. Hace demasiado, supongo. Pero, aquí, ahora, en este instante, aún puedo verla en mi cabeza: una fuente de loza blanca y azul sobre un mantel dibujado de fresas, dos rodajas de pan, húmedas de leche, sus oscuras cortezas rezumando licor y azúcar quemada. Una deliciosa estampa. Conservo desde siempre esa imagen en la memoria. Y retorna cada vez con más fuerza.

Dentro de la bolsa, un paquete impermeable de plástico. Fui sacando, uno a uno, los tesoros de aquella bolsa y los fui depositando sobre la tapa blanca. Después me quedé quieto, allí, de pie, soñando. No sé durante cuánto tiempo. Admirando mi pequeño tesoro: las dos rebanadas de pan blanco y seco; el sobre de azúcar con el nombre estampado de alguna desaparecida cafetería; una botella medio llena de leche. Metí la mano en el bolsillo y saqué aquello. La esfera fría. Un hermoso huevo. Ya lo tenía casi todo, tan solo falta el aceite para freírlas. Pero eso, el aceite, será lo último, una última entrega, a escondidas. Al cabo de un rato fui guardándolo todo, de nuevo, entre plásticos. En la bolsa. Y volví a dejar aquel paquete dentro de la cisterna. Mientras caminaba hacia el dormitorio pensaba en aquella fotografía de mis recuerdos, en cómo sería, en sentir de nuevo esos sabores, los sabores de mi infancia. Y sangría, is, sangría Como hace mucho tiempo.

---